

o bien:

– ¿De quién son esos calzones que estaban en el buró?  
– Esos calzones son tuyos, se tiñeron con el sol,  
les puse bastante cloro y cambiaron de color (62).

En suma, este libro nos ofrece un corpus muy atractivo e interesante del romancero tradicional argentino, no sólo por los textos y versiones seleccionados, sino por el estudio y el rigor y cuidado de todo el trabajo. Cuatro índices completan el volumen: de títulos de romances, de otros títulos, de primeros versos y de materias.

MARÍA TERESA RUIZ

Escuela Nacional Preparatoria, UNAM

José Manuel Pedrosa. *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas*. Madrid: Páginas de Espuma, 2004; 286 pp.

Probablemente todos, en más de una ocasión, hemos relatado alguna leyenda urbana sin percatarnos de ello. A pesar de lo extraña, absurda, cómica o terrorífica que nos haya parecido, hemos llegado a creer en su contenido, aunque con cierta reserva, debido a que esta se movía en el margen de lo que, en ese momento, consideramos como posible o real.

Lo cierto es que, hoy en día, la magnitud de la información que nos rodea llega a dificultar nuestra capacidad para diferenciar los rumores y las leyendas de los hechos verdaderos. Este tipo de narraciones se ha extendido a grados insospechados, ya que, como señala José Manuel Pedrosa:

La voz, la prensa, Internet, se han conjurado para que el género de la leyenda urbana, moderna o contemporánea se convierta en el más potente y representativo folklore de nuestro tiempo, el que, quizás en mayor medida que ningún otro repertorio cultural de cualquier época, cuenta con mayor capacidad de movimiento y de difusión, y refleja de forma más viva y precisa las mentalidades, los valores, las angustias, los miedos de nuestro tiempo (23-24).

Historias sobre narcotraficantes, terroristas, personajes famosos, hechos suscitados en o alrededor de los locales de comida rápida; anécdotas de viajeros, apariciones fantasmales o demoníacas..., forman parte de una larga lista de leyendas, supuestamente modernas, que se amplía a la par de los acontecimientos diarios. Era necesario, por tanto, realizar una recolección del género, sobre todo en el ámbito hispanoamericano. El corpus que se reúne en este libro es, de este modo, una importantísima contribución para aquellos que se interesan en analizar las representaciones actuales de la literatura tradicional.

El estudio preliminar introduce y define el género de las leyendas tanto tradicionales como “urbanas”, adjetivo que, explica más adelante, resulta engañoso, puesto que los sucesos pueden ocurrir tanto en las urbes como en los medios rurales. Pedrosa se encarga, de este modo, de aclarar algunas de las principales interrogantes que se plantean alrededor de este género narrativo, tales como la semejanza y la diferencia que existiría entre este tipo de narraciones y otras, también tradicionales, como son el rumor, el cuento e, incluso, el mito.

La recolección, así como la edición que aquí se nos presenta, tiene un gran interés para el estudioso de la tradición oral, pues las leyendas se han transcrito tal como fueron referidas al recopilador, respetando los rasgos de oralidad y las expresiones idiomáticas. A través de los textos se vislumbra en algunos casos el pensamiento y la ideología de la comunidad en la que se relatan estos sucesos.

El libro se divide en veintisiete capítulos. Además de los temas que he enumerado antes, se presentan narraciones sobre “casas malditas”, “muñecas asesinas”, “seres terroríficos”; “ladrones de niños”, “magias amorosas”, “milagros”, “prodigios”, “rarezas”, etc. Bajo cada entrada se reúnen diferentes leyendas, o variantes de cada relato; así, por ejemplo, el capítulo sobre “Güijas y espiritismo”, agrupa un total de veinticuatro historias. El capítulo de los “Lances y contratiempos eróticos”, contiene dieciséis anécdotas por demás pintorescas y, en muchos casos, incluso grotescas. Muy interesante resulta la sección sobre el “Rey en la carretera”, que consta de cuatro narraciones en las que se impone la idea de un personaje amable, en algún punto heroico pero, sobre todo, cercano.

La leyenda de “Verónica”, con al menos dieciséis variantes, trata de un personaje sobrenatural que se aparece frente a quien la invoca por

medio de una serie de ritos y conjuros. En estos textos se dan cita ciertos elementos característicos de la literatura tradicional, como el motivo que destaca la calidad mágica de la noche de san Juan. Asimismo, encontramos algunos símbolos — como el espejo, o las tijeras —, o la descripción de prácticas rituales antiquísimas, como la que recomienda pronunciar un conjuro tres veces consecutivas para conseguir lo que se desea.

Cabe mencionar, también, el apartado de los “locos peligrosos”, que reúne doce leyendas, entre las que resalta la conocida historia de la pareja muerta a manos del “loco del hacha”. Esta historia, que aparece ya en una película norteamericana de los años noventa, se califica como un hecho verdadero ocurrido en diferentes carreteras de España. Lo curioso es que en todas las versiones, el manicomio del que escapa el loco se encuentra cercano al lugar del crimen. El personaje es idéntico a su equivalente norteamericano, pues, al igual que este, el energúmeno colgaba a su víctima en una rama de árbol, justo en la parte superior del coche en el que esperaba su pareja.

Como podemos constatar, muchas de las leyendas contenidas en este libro llegan a tener paralelos en distintas regiones del mundo; citaré como ejemplo la siguiente leyenda que fue recogida a una estudiante madrileña, pero que un lector de Latinoamérica, seguramente, encontrará familiar:

A mí, una amiga me contó que en la Plaza de Toros de Leganés, a un chaval le engatusó una chica. Le echó una droga en la bebida y, al día siguiente, se despertó con una cicatriz enorme. Le habían quitado un riñón (219).

El tema de los traficantes de órganos ocupó, durante algún tiempo, más de una columna periodística. Tal como indica Pedrosa, este relato podría compararse con “viejísimos mitos de vampirismo, o con lo que Julio Caro Baroja denominaba ‘crímenes médicos’, supuestamente perpetrados — en el siglo XIX sobre todo — contra niños, jóvenes y mujeres hermosos y rozagantes” (14).

Una gran parte de las leyendas, que hoy consideramos modernas, podrían no serlo en realidad. La genealogía de muchos de estos relatos, destaca José Manuel Pedrosa, “nos asombraría por lo antiguo, por lo

profundo, por lo pluricultural...” (14). Como ejemplo, el autor expone la trayectoria de una leyenda contemporánea que relata los encuentros entre un taxista y una mujer fantasma. Algunos de los motivos que aparecen en diferentes versiones de esta historia podrían provenir en realidad de textos antiquísimos, incluso de diferentes culturas. El autor señala que algunos detalles de este texto tienen una gran semejanza con un relato chino que fue escrito entre los siglos III y V y que seguramente estaba basado en una leyenda anterior.

La historia del “conductor de la fantasma”, como otras, ha ido evolucionado a lo largo del tiempo, extendiéndose por diversas zonas entre muy diferentes informantes, adaptándose de forma congruente con el género al que pertenece. Y es que una de las principales características de las leyendas, tanto tradicionales como urbanas, radica en su aparente modernidad: “su relativamente precisa concreción geográfica y cronológica (esta última localizada siempre por sus informantes en tiempos recientes) y, sobre todo, por el alto grado de credibilidad de que goza en el seno de la comunidad” (10-11). Los datos que se aportan en este tipo de historias son, de este modo, lo suficientemente cercanos para ser creídos y lo suficientemente imprecisos como para que alguien pueda constatar su falsedad.

La riqueza del género, en todo caso, ha propiciado que tanto investigadores como escritores o periodistas se hayan interesado por estas narraciones. Después de todo, algunas han influido, de forma determinante, en la vida real. A este respecto puedo aducir una anécdota que escuché hace algunos días en un programa de radio sobre un hecho ocurrido cerca de la ciudad de México: la policía federal, guiada por un rumor que aseguraba que la “secta sangre” amenazaba con poner en práctica una leyenda urbana, desarrolló todo un operativo con el que solo consiguió ser la burla de la sociedad. La historia en cuestión trata de unos conductores que asesinan a todo aquel que les avise, mediante las luces largas, que llevan apagados los faros en la carretera. El relato se ha extendido con algunas variantes entre la sociedad; de hecho, una persona a quien yo relaté esta historia me dijo que todo era cierto salvo por el nombre de la banda, que no era la “secta sangre” sino una “variante de los *maras*”. Como vemos, esta anécdota podría ser, a la larga, una leyenda, si no es que lo es ya en la actualidad. Nos encontraríamos, una vez

más, con el problema de la verosimilitud y de la ficción en estos textos; de la transformación de un motivo tradicional o de un hecho cotidiano en un conjunto de historias diferentes, extraordinarias, terribles o, cuando menos, graciosas. En general también se plantea la dificultad de establecer, a ciencia cierta, la falsedad de tal tipo de relatos. Bastaría con hojear el libro de Pedrosa para preguntarnos —en algunos casos desengañarnos— sobre la veracidad de los rumores o relatos que hemos escuchado en los últimos días.

CLAUDIA CARRANZA VERA  
Universidad de Alcalá